



# TUS CARICIAS DE DULCE TABÚ

VÍCTOR HUGO FLORES

*M. V.*  
Mundo Vales  
Romanticismo Oscuro

**1** La casa de tía Magdalena se levantaba a menos de un kilómetro de San Ángel. Este pueblo, cabecera de municipio cercana a la Ciudad de México, en 1923 se unía a la capital por caudalosos ríos, donde navegaban esas canoas llamadas trajineras, cargadas de vegetales y de frutas.

San Ángel, como otros poblados: Tizapán, Santa Fe, Contreras, Ameyalco o Coyoacán, intercalados de rancherías, fábricas y haciendas, se encontraba en el campo abierto del Valle de México, y desde hacía más de veinte años estaba comunicado con la ciudad por el tranvía eléctrico.


La residencia de tía Magdalena, como algunas haciendas, estaba alejada del camino principal del tranvía; en su tranquilidad, la casa era una construcción lujosa, de dos plantas; una alta cancela de hierro forjado rodeaba su fachada blanca y también a un huerto de árboles de durazno; tenía acceso al río por una puerta secundaria del enrejado.



Después de que Magdalena contrajera matrimonio con un importante empresario, nos invitó a visitar su residencia, en enero, advirtiéndonos sobre su arreglo en curso; sin embargo, la visita debió posponerse hasta mediados de febrero, cuando una huelga de tranviarios fue sofocada, pues si bien nuestra familia empleaba el automóvil, mi padre prefirió esperar a que el momento político se tranquilizara.

La familia, numerosa, llegó en sus propios automóviles, todos Chevrolet, pues habría sido difícil tomar el tranvía —*tren*, como le llamaban los abuelos—, y luego desplazarse en el tranvía de mulitas, hasta la residencia. Las tres horas de trayecto desde el centro de la capital hasta la estación de San Ángel, sin contabilizar las del regreso, no habrían dejado mucho espacio para la convivencia.

Nos gustó la casa de tía Magdalena, protegida por esa cerca de hierro, frente a la que pasaba el camino de tierra aplanada, en cuyo costado más alejado corría una hilera de eucaliptos. Detrás de la residencia, se levantaba la fábrica de papel de Loreto y, más allá, la de la Hormiga, fabricante de mantas. A la derecha, esto es, al noreste, se extendía la gigantesca huerta y el campanario del Convento del Carmen, por donde continuaba el río. Aislada como otras casas o villas campestres, la construcción era un oasis de tranquilidad comparada con la agitación de la Ciudad de México, donde el transporte de tracción animal era sustituido por el de motor, llena de un creciente aire de agitación sin visos de detenerse.



2 Con 18 años cumplidos yo era el mayor de mis hermanos y primos, quienes jugaban con un negro gato de angora en la recepción. Como me hallaba mental y anímicamente fuera de los dos grupos de edad dominantes, llevé libros que debía estudiar en la Escuela de Medicina, y así tener pretexto para aislarme.

No era sencillo. La algarabía de primos y hermanos, así como las conversaciones de los mayores, me distraían, sin contar con las abrumadoras atenciones de nuestras tías. Poco a poco nos habíamos reunido, dando el saludo a tía Magdalena y a su esposo; pero en cuanto pude, salí al huerto y en él estuve, leyendo, hasta el llamado a comer.

De acuerdo con la costumbre, mi tío político ocupó la cabecera de la mesa y su esposa se colocó a su derecha. El resto de lugares se distribuía por jerarquías. En mi posición, no tan alejada de la preeminente, pero más enfocada a la final, ni siquiera ponía atención en las pláticas y menos en los rostros. Una vez volteé a ver a tía Magdalena, sentada con la espalda muy recta, y la emoción de siempre, esa emoción mezcla de gozo y timidez, me llenó. El resto de mis tíos poseían para mí, idéntico peso en mis afectos. Pero ella, no.

Anhelaba la hora de irnos; por eso, cuando comenzaron las despedidas y recibí indicación de ir al auto familiar por algunos objetos para los recién casados, me levanté, agradecido internamente.

Al regresar, mi vida cambió, pues esta es la historia de cómo yo estaba enamorado de la tía Magdalena, y de cómo ella y yo nos amamos durante casi un año, y de cómo esa pasión insana tuvo un desenlace inesperado que, hasta hoy, pero para siempre, marcó mi destino.



3 Algunas revelaciones pasionales alcanzan grados de realidad fantástica. De golpe, un destello modifica la existencia. Esto es propio de las sensibilidades demasiado afinadas, propensas a sucumbir ante un estímulo poderoso. Mas aquel no fue mi caso, pues no se marcó por una manifestación mágica, ni fue algo que no supiera de antemano. Tampoco podría decir que era proclive a dejarme impresionar, preparado mentalmente, como estaba, a asimilar la ciencia de la medicina. No, fue algo objetivo que entró a mi vida, así como recibía el viento de la tarde; un suceso demoledor, por su realidad, como el campo abierto.

Yo cruzaba el camino de regreso, desde nuestro auto estacionado al otro lado del camino, hacia la hilera de vehículos; detrás de ellos, en la noche en ciernes, algunos de mis familiares se abrazaban, despidiéndose. Los niños correteaban, los mayores se daban los últimos mensajes, mi madre y algunas de sus cuñadas, de espaldas, hablaban con una persona colocada casi de frente a mí, y a la cual yo no había visto llegar. “¡Qué mujer tan guapa!”, pensé. Esa fue mi rápida apreciación.

Me sorprendió ver que era tía Magdalena, que hablaba con sus hermanas.

Desde mis primeros recuerdos, ella siempre me había gustado. Y aunque poco a poco, había debido asumir las inhibiciones características del trato con un familiar del sexo opuesto, a medida que yo crecía, el gusto inocente del principio se había convertido en una emoción callada, reservada, ajena a sus cauces naturales. Con el paso del tiempo, desarrollé una fascinación por los ojos de tía Magdalena, por su voz, y un interés más complejo nació en mi interior: el de saber cómo era. Pero lo callaba la noche cuando, andando, sin apartar la vista de su rostro, de su figura, mi corazón latió más rápido, tanto por parecerme verla por primera vez, como por refrendar su belleza. Me sacudió la sorpresa por no haberla reconocido de momento, y con ello darme cuenta de que, incluso sin proponérmelo, la admiraba. Ese verla de entrada como una bella persona desconocida, y luego identificarla, derribó una barrera en mi interior. Me invadió una cálida emoción, llenándome el tórax y provocándome una sensación de mariposas en el estómago. En la presente oportunidad, también me pareció sobria, como a lo largo de esas horas y de los años pasados.

El viento sopló más fuerte. Entonces ella miró hacia mí.

En la relativa penumbra de un camino iluminado por los fanales encendidos de los automóviles, tía Magdalena me vio directamente, a los ojos, apartándose el flequillo, y con ese gesto escueto, sostuvo la mirada con gesto de seriedad, y volvió a hablar con sus hermanas.

El ancho camino se me hizo inacabable, mientras, en mi interior, la imagen se repetía: apartarse los mechones de la frente, voltear hacia mí, y verme con ojos serios, pensativos. Fue como si, desde su vista, se soltara un hilo que cayera, en mí, hacia una profundidad insondable: el contacto de su mirada, el gesto y la complejidad de carácter anunciada en su expresión. ¿Era tía Magdalena, realmente? Al verla de nuevo, me afirmé en la impresión de lo guapa que era, destacada por sobre el resto de mis familiares, gracias a su cuello delgado, sus facciones finas, sus labios delgados, sus cabellos castaños. No fue magia diáfana, ni sombría, nada de otro mundo, sino un hechizo, carnal y prohibido, esa emoción convertida en explosiva reacción. Me pareció como si ella acabara de llegar y fuera descubierta por mí... Recorrí, con la vista, la curva de sus hombros, de sus senos. Y al no percibir ya una barrera interna, tampoco pude escapar al hechizo de su belleza.

En tanto terminaba de cruzar la carretera, entendí que yo no tenía escape, y no fue adivinación, ni augurio, sino la muy humana certeza del delirio: deseé a mi tía Magdalena de una forma irremediable, cautivado por ese gesto en su mirada, por la forma de sus labios. Era insensato, hoy lo sé, como lo supe siempre, ese interés ilícito; más al mismo tiempo era muy cuerdo, a pesar de que ella fuera 14 años mayor y, además, un familiar en primer grado.

Esa noche, en mi habitación, sólo pensé en ella. Por mi mente pasaban una y otra vez sus ojos de mirada serena, fijos en mí, concentrados, mientras se apartaba los cabellos de la frente y no hablaba.

El aire de sobriedad en su mirada, su expresión atenta, hacía explotar en mí una emoción confusa, entre el ser y el no deber ser; de todas maneras enorme, fluyendo desde el tórax y por el cuello en hormiguelo inquietante. Y en tanto volvía ver sus ojos entrecerrados por el viento de la noche, dirigidos hacia mí, llenos de un aire sobrio que daba un atractivo perturbador a su mirada, me repetía que eso estaba mal: ella era *mi tía... Mi tía, mi tía...* pero sólo eran palabras, cuya sonoridad mental resultaba un acicate. No encontraba, en mi interior, el freno que tal título debía imponer. Su lugar era ocupado por su rostro, por la forma de sus hombros y de sus brazos, por sus labios delgados y por la pregunta, abierta, pero asustadiza, sobre cuál sería el sabor de su boca... Pues al contrario del valor de los frenos morales y consanguíneos, pensar que esa mujer era un familiar, me hacía sentir naturalidad en la atracción. Y desde ese momento, no pude negar mis emociones.

A su esposo, mi tío político, como dueño de una fábrica en el interior de la República, sus responsabilidades le exigían viajar en forma repetida. En casa, se hablaba de él con el respeto fácilmente otorgado a un familiar acomodado, por parte de sus parientes de menores recursos. Se decía que él tenía excelentes contactos en el gobierno del presidente Obregón, lo cual elevaba más su importancia, sobre todo ante mis padres, quienes habían llevado su matrimonio bajo las tensiones que azotaron a la capital durante las diferentes fases de la Revolución.

Como mi generación, crecí en el inestable ambiente del sacudimiento político, cuya sombra todavía era palpable. Del movimiento armado, mi primer recuerdo era la noticia de la muerte de Madero y Pino Suárez. El episodio familiar más reciente, de hacía unos años, había sido la tensa entrada de mi padre a casa, cuando ordenó deshacerse de cualquier revista donde apareciera el presidente Venustiano Carranza, quien huía de la capital, presionado por las tropas del General Álvaro Obregón.

Para mí, las apreciaciones sobre quienes habían prosperado en ese clima, como mi tío político y en general, sobre los familiares de nivel más acomodado, habían pasado desde la extrañeza —al suponer que alguna justificación debían tener y no hallarla—, hasta catalogarlas, sanamente, de nimiedades. Odiaba ir a sus domicilios, pues tenía la sensación de entrar a museos; no admitía que, por ellos poseer objetos de valor, automáticamente debiéramos convertirlos en personas virtuosas.

Por eso, tuve una mezcla de rechazo, pero también de emoción nerviosa, cuando recibí el encargo —debido a un viaje de mi tío político a Yucatán, para atender asuntos urgentes de su negocio—, de ir a San Ángel y ayudar a tía Magdalena con el arreglo de sus enseres.



5 Tutear a un pariente mayor era impensable. Solamente se hablaba de *tú* entre hermanos o primos, aunque algunas familias también empleaban el *usted*, con los más jóvenes. En la mía, los tíos usaban ese trato con los sobrinos poco vistos.

—Rodrigo, me da gusto que haya venido puntual —me saludó tía Magdalena, adornada por una leve sonrisa amable, al recibirme en la puerta de su casa.

—Es un gusto, tía —las manos me sudaban—. ¿Cómo ha estado usted?

—Bien, gracias, ¿y sus padres?

—La mandan saludar.

—Gracias, también hágales llegar mis saludos.

—Así será.

—Bueno —siguió, entrando—, pase, pase... me gustaría empezar con esas cajas...

Ese día, cruzamos pocas palabras y en su mayor parte fueron indicaciones de ella. La vi a ratos: cuando pasaba cerca de mí, yo podía aspirar el fresco aroma brotando de su cuerpo en oleadas.

6 Transcurrieron semanas del meticuloso y arduo trabajo de poner en orden una casa nueva. Para empezar, yo bajaba del tranvía en San Ángel, y luego tomaba el transporte de mulitas, costeadado por mi familia. Así, en viaje por entre las tierras de labranza y árboles de moras, llegaba con tía Magdalena pasado el mediodía. Trabajaba hasta las cinco de la tarde, para volver a casa en el tranvía de las seis.

Al bajar en la estación, me prometía contener mis sensaciones, pero toda buena intención desaparecía, más tarde, con el emerger sobre las copas de los eucaliptos, de la blanca casa de tía Magdalena, pues significaba la promesa de verla, de tener unas horas a solas con ella.

Desde su casa paterna, Magdalena había llevado muchos libros en cajas, pues era lectora asidua. Nos tomaba tiempo desembalarlos y ordenarlos en el gigantesco librero del estudio. Uno de ellos era un libro imposible de conseguir en México, escrito en francés, idioma que yo manejaba lo suficiente por ser la lengua de muchos libros de medicina. Los grabados casi toscos, pero muy explícitos, mostraban, entre otras imágenes, a un hombre sentado a la mesa con sus comensales, rodeados por altas vigas, cada una de las cuales atravesaba a un hombre. Me sorprendió mucho entender que, por su posición, esos postes los atravesaban por completo hasta salir por su boca.

—El anfitrión es Vlad Tepes, príncipe de Valaquia —tía Magdalena asomó al libro; el perfume de sus cabellos me llenó las fosas nasales.

—Se ve como un hombre muy violento, qué digo violento, sanguinario, demente.

Tía Magdalena sonrió, entrecerrando los ojos, atenta al libro. Me era imposible no desviar la vista hacia ella, de tanto en tanto: la suavidad de su blanca piel, las largas pestañas, el rosa de sus labios.

—En su país, Vlad Tepes es considerado un héroe, porque luchó contra los invasores turcos —decía, pasando las hojas; su rasguído me hacía muy consciente de los dedos de Magdalena, de sus uñas cuidadas—. Compré este libro en Hamburgo, cuando me casé. Habla de muchas cosas, todas de vampiros.

—¿Vampiros? —yo desconocía el tema.



—Vampiros, *Nosferatu*, seres inmortales que se alimentan con sangre humana. Un libro de Agustín Calmet habla de cómo se crean. Hay muchas formas, como morir en pecado —me vio un momento y sonrió, atendiendo de nuevo al volumen—. Qué miedo, ¿no?

—¿Eso es verdad?

—Esperemos que no —se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

Esas lecturas fantásticas deberían satisfacer en ella una necesidad de expansión intelectual. Iba a preguntarle si tenía algún libro en español o en francés sobre eso, pero se adelantó.

—Inspiró una novela: *Drácula* —explicó—. La escribió un irlandés, Bram Stoker. Debo tenerla en alguna caja. Se la voy a prestar, aunque está en inglés. ¿Usted no habla inglés, verdad?

—Poco, pero parece muy interesante —sentí que al decir eso, me refería a ella.

—Bueno —sonrió—, tal vez pueda darle a usted unas clasecitas, y así les pago a sus padres el favor de prestármelo tan seguido.

Debo decirlo: yo no era así, de ordinario, pero con ella, sentía curiosidad y atracción por todo. Seguía la forma de sus piernas bajo la larga falda; me llamaba mucho la atención verla sonreír, pues mantenía una expresión de rara nostalgia en los ojos. Viéndola organizar sus documentos en un sillón, papeles extraídos de pequeñas cajas a sus costados y en el suelo, intentaba considerarla desde una perspectiva neutral. Concentrada, seria, sus manos tomaban estéticas expresiones al manejar los documentos; me reiteraba que, siendo tan hermosa, merecería la pasión de cualquier hombre.

Por supuesto, el amor no es sólo atracción. Supone apoyo material y moral, comunicación. Pero, para mí, ir a su casa era tener la posibilidad de entrar a otro mundo, de verla en forma única. Podía no haber sucedido así. La fortuna me sonreía. Me deleitaba con esa suerte y me maravillaba con verla cerca de mí.

Aproveché para extasiarme con pequeñas intimidades. Al convivir, pude darme cuenta de lo complejo de su personalidad. La animaban muchos intereses, humanos, culturales, llevados en solitario, como la mayoría de las mujeres. Mi tío político no se ocupaba en nada de eso. Yo lo había visto desautorizar, en público, las opiniones de su esposa sobre el derecho de la mujer al voto. Incluso, comprobé, desaprobaba las predilecciones de ella, como el deseo de viajar, de leer o de asistir al cinematógrafo.

Mi tío político regresó y se marchó, permitiéndome nuevas semanas de un trabajo arduo, mucho más fáciles gracias al encanto de tía Magdalena. Pasaba horas a su lado. Me imaginaba cómo sería estar casado con ella. Pensaba: de estarlo, no la dejaría sola ni un segundo o por lo menos, no con tanta frecuencia. Tampoco haría lo que presenciaba inevitablemente debido al silencio de la casa, esporádicamente roto por el tic-tac del reloj y por sus campanadas cada hora: la escuchaba hablar por teléfono, siempre en conflicto, pasando de la gravedad a la resignación. Otra vez, di un paso atrás en la puerta de la sala de estar, antes de que ella me viera, por hallarla sentada, cubriéndose la cara, junto al teléfono. Mi tío político espació sus regresos.

Ella tenía 32 años, una edad que en otra persona me parecería demasiada, pero algo sugestivo en ella. Yo tenía la sensación de que las personas de mi edad eran poco consistentes. Alguien como tía Magdalena poseía un atractivo interesante.

Mucho de ella me interesó positivamente, sin visos de atracción física. Tuvo en mí a un auditorio. La escuchaba, con atención, sentados en el suelo, en un rato de descanso, entre cajas vacías o todavía selladas, o reposados en los muebles recubiertos. Conocía algunas obras leídas por ella, y la escuché dando sobre las mismas, opiniones precisas, penetrantes. Una tarde, expresó una idea original sobre crear un sistema de tranvías subterráneos. *Hiper-tranvías*, dijo, con los ojos animados; tranvías enlazados, en series de ocho, sin distinción entre primera, ni segunda clase, de boletos al mismo precio. Habría un nuevo nivel de transporte, cuyo beneficio se

revelaría con el aumento futuro de la población. ¿Cómo eliminaría el *trole*, la extensión o *trolley* conectada al cable de la electricidad?, le pregunté. Esa fuente se hallaría junto a las vías, respondió. Un sistema de transporte subterráneo y sobre rieles seguros, haría cosa del pasado las horas que actualmente tomaban viajar desde el pueblo de San Ángel, hasta el centro de la Ciudad de México.

Entre esas conversaciones y el trabajo, prácticamente vivía en su casa. Terminé por aceptar que mi tío político sólo la visitaba una vez al mes, lo cual me daba márgenes seguros de dicha. Aunque seguía dominado por el nerviosismo. Mas angustioso era todavía, cuando se sentaba cerca de mí y ella atendía a algún objeto. Al captar su aroma, al ver sus facciones finas, yo moría por besarla.

El episodio pudo haber terminado en amor platónico, en uno de esos cálidos dolores que se superan, de no ser por la visita inesperada de tía Carolina.

7 El carácter de mis tías era muy variado e iba desde lo hosco, hasta lo chispeante. Tía Carolina, hermana mayor de Magdalena, era de ese último estilo. Una tarde, cuando yo ayudaba con los consabidos menesteres, Carolina se presentó haciendo su habitual algarabía. Entró a la casa directo, porque las puertas no se cerraban siempre con llave. Escuché los taconazos en el parqué de la sala y a la tía Carolina comentando a voz en cuello sobre los nuevos cuadros, para después pasar al estudio, encontrarme y saludarme con un animoso pellizco en la mejilla.

—Te vas a ir al cielo por ser tan bueno —aseguró.

Carolina contempló otro de los cuadros, observando que estaba torcido, dándose aire con un abanico, impetuosamente. Al seguir con la vista su ida a otra estancia, sonriendo ante su vitalidad, encontré, metros más allá, en el marco de una puerta, a Magdalena llevando un libro en las manos. Me veía, cruzada por una leve sonrisa, pero su expresión era más compleja, una mixtura de curiosidad y de comprensión.

Sentí como si una mujer me hubiera sorprendido admirando a otra. Enmarcada por el umbral de la habitación, me pareció digna, serena. Tenía unos brazos hermosos. Yo habría saltado para morderlos.

Carolina regresó y hablaron un rato, Magdalena con su tono pausado, contrastante con los francos manoteos y las gesticulaciones de Carolina. Al cabo de tomar el té en la cocina, tía Carolina se marchó, no sin antes propinarme otro pellizco.

El resto de la tarde, la casa estuvo llena de un extraño silencio. Una vaga culpabilidad, injustificada, me llenaba. Tía Magdalena me habló poco: cruzaba por las puertas dándome escuetas indicaciones, sin mirarme; respondía con monosílabos;





la escuchaba haciendo ruido en las otras habitaciones y en el piso de arriba. No parecía enojada, pero sí, forzosamente tranquila. Al atardecer, fui a despedirme de ella.

—¿La veo mañana, tía?

—No, mañana, no —dijo suavemente, acomodando unos libros, y admiré su talle—. Tal vez pueda usted venir en unas semanas, si me hace el favor. Le avisaré a sus padres.

Otra vez, tuve esa sensación de inquietantes mariposas en el estómago. Me obligué a ir a la puerta, experimentando leve zozobra. A bordo del tranvía, viajando con pasajeros rumbo a Santa Fe, Mixcoac y el Zócalo, hombres solos en algún asiento, adormecidos por el vaivén del carro, o cerca de mujeres que hablaban entre sí, la respuesta me llegó de una forma tersa, flexible, brillante: como las luces del transporte; igual al viento entre los árboles de manzanas, filtrándose, dulce, por las ventanillas abiertas: Tía Magdalena estaba celosa, y se lo callaba. Celosa, de que su hermana me hubiera dado una muestra de cariño... Celosa, de que yo hubiera sonreído a su hermana. Por eso me había castigado, esa tarde, con su frialdad. También por eso, y para no darlo a demostrar, me negaba la posibilidad de verla pronto. Me sentí culpable de haber roto una cierta intimidad.

Las mariposas en el estómago se fundieron en vibrante calidez. Me recargué en el asiento. Juré no volver a hacer algo así, pues si bien esa promesa de fidelidad era tan inútil como mis emociones, oscuras y secretas, me reafirmaban en ellas y me daban la certeza de tener un vínculo silencioso con la hermosa Magdalena de mis sufrimientos.

Al cabo de unas semanas, volví a su casa. Pero mis deseos me traicionaban. Era algo inconsciente cómo mis manos chocaban con las suyas, por casualidad; la forma en que terminaba hablando muy cerca de ella; mi vista, tomando otra expresión al recorrer su cuerpo. A veces, temía haberme propasado de algún modo impreciso, al verla retirarse, evidentemente, de mi proximidad. Me preocupaba que por alguna acción mía, perdiera su confianza.

Y a veces, la voz: *ella es tu tía...*

Y, ¿qué?, me decía, necia, pertinazmente. Ningún argumento era válido. Todo mi interior se llenaba con su presencia, con su gracilidad, con el paso de las tardes viéndola ir de una estancia a otra, mientras, afuera, la lluvia se anunciaba. Hasta esos días encontré bellas las tardes de lluvia, su olor a tierra mojada en anuncio de aventuras, cautivantes las noches claras cuando soplaban el viento, trayéndome la brisa perfumada que levantaba su falda. Su aroma fresco, su imagen, su rostro, se armaban en mi mente, evocados por la reunión de las primeras luces ciudadinas, visibles cuando el tranvía arribaba a la capital; sus cabellos se extendían,

formándose como un rompecabezas, desde las personas que caminaban por las calles en penumbra, por las mujeres con rebozo, por los trabajadores que corrían a abordar en las avenidas.

Pude verla de nuevo, de lejos, en la clausura de la Feria de las Flores de San Ángel. Ese jueves, toda la familia acudió al patio del Convento del Carmen, tía Magdalena acompañada de su esposo. Éste, ni siquiera agradeció la ayuda prestada para el arreglo de su casa, ni habló de pagar a mi familia los gastos del transporte. Nadie se lo dijo —mis padres siempre esperaron, inútilmente, alguna mágica retribución—, y a mí, debo confesarlo, me importó menos.

Cuando desde el coro de la iglesia se dejó caer sobre el mar de fieles, la inmensa cascada de pétalos de amapolas con la que cerraba la Feria, Magdalena, sonriendo, de sombrero y guantes blancos, extendía la mano para recibir algunos pétalos. Su esposo veía el reloj, aburrido. De inmediato, reuní un puñado de pétalos para llevarlos como regalo a mi adorada tía, pero de pronto, supe que no podía hacer eso delante de los demás. Ni siquiera sólo delante de ella. Amargamente, me los guardé en un bolsillo, oculto en un punto de la vida donde atisbar más allá estaba prohibido, mientras pétalos de amapolas caían en cascada sobre Magdalena, una nevada de seda, multicolor de besos secretos, en sus labios rojos.

El arreglo de casa de tía Magdalena casi terminaba, y con ello, también mis oportunidades de verla. Conforme el momento final se acercaba, me llenaba una creciente tristeza.

—¿Está cansado? —quiso saber, la tarde cuando yo abría la última caja con lentitud.

Se oyó preocupada. Evitando verla, saqué los últimos objetos y, queriendo sonar casual, seguro me escuché cortante:

—No, pensaba.

El martes que finalicé, regresé a casa en el tranvía, recargado en el asiento de adelante. La madera de las sillas tenía una aspereza nueva; su contacto rígido y desprovisto de calor describía mis horas futuras. Iba abrumado, pues no volvería a verla tan frecuentemente; abrumado al sentir, como latidos en mi mejilla, su beso de despedida, y porque apenas eran las dos de la tarde.

Conforme pasaban los días, su voz, su figura, me asaltaban en clases. No podía concentrarme, tampoco para estudiar. La veía en todas partes. Estallaba en irascibilidad con mis compañeros. La necesidad de verla se me hacía paulatinamente más insostenible; soportar eso, la perspectiva vacía del futuro, superaba en dolor al de las seguras consecuencias de la torpeza que decidí cometer: ir a su casa.

Al sexto día, falté a la Escuela de Medicina e hice el recorrido, movido por la dolorosa, necia exigencia de verla, así fuera de lejos, incluso al través de una ventana.

Anochece cuando bajé en San Ángel. Recorrí el camino a pie en menos de media hora. Reconocí los eucaliptos y sobre ellos, la fachada oscurecida de la casa de tía Magdalena, donde algunas luces ya estaban encendidas. Todavía a metros de distancia, el brillo de los fanales de un vehículo iluminaban a dos personas frente a la cancela, de modo que salí del camino y me acerqué, oculto por los árboles del borde.

Era ella, cruzada de brazos, hablando con mi tío político, que estaba por subir a su auto. No escuché sus palabras. Distinguí, pese a la distancia, por las luces del automóvil y las del enrejado, una expresión de malhumor en él.

Áspero, él abordó. Cerró la portezuela con rudeza y arrancó, sin despedirse.

Magdalena, cruzada de brazos, vio al auto alejarse, cuyo ruido se desvaneció hasta dejarla sola, en la penumbra. Ésa era la norma de muchos matrimonios: grandes poses, poco amor, y ninguna certeza de ser fiel.

Permanecí tras los eucaliptos, observándola... Magdalena, cruzada de brazos, atenta al camino desnudo... Magdalena, engalanada por su dolorosa soledad, su destierro en país propio, miraba a la carretera desprovista de ensueños y cargada de silencio; dejaba ir su imaginación en senda ondulada de árboles que, en la noche desierta, florecían en estrellas ilusorias. Sin romance en el calendario. Sin paisajes ante sus manos. Llevando una agenda de grandes compromisos en días vacíos, sin horizontes, sin extraños príncipes, sin cinematógrafos.

Yo habría deseado ir por ella, mostrarle a alguien dispuesto a escuchar lo que ella tenía por decir; verla construir esos tranvías que llevaban a mundos de comprensión y de caricias; abordar juntos esos tranvías en cuya ruta las vidas se construían unidas, no sólo contiguas; viajar en esos tranvías a través de noches de oscuros horizontes, donde las horas, como los árboles bajo la Luna llena, como sus manos y su mirada melancólica, significaban algo, para alguien.

Pensé en renunciar, en dar la vuelta y alejarme. Yo no era el adecuado para eso. Incluso si no fuera su sobrino, no podría ofrecerle certezas como, por ejemplo, una casa como la suya. Sólo tenía afanes nocivos, una pasión insensata clavada a cuchillo en carne viva. Magdalena era mi tía, y estaba enamorado de ella. La deseaba. Mas, ¿eso era indigno? ¿Acaso poseía un valor inferior al una carretera vacía y al de una despedida sin caricias? Podría no serlo, si era indebido, mas el fuego que anidaba en mí, no me dejaba pensar.

Salí de los árboles, atravesé el camino de tierra, y me aproximé a ella.

—¿Qué hace aquí? —me preguntó, atónita y acaso incómoda, al reconocermela.

—Su teléfono no funciona —mentí, en forma increíblemente torpe—. Quise pasar a ver si no se le ofrecía algo.

—No, nada —respondió, claramente extrañada ante los huecos en mi respuesta, abiertos por mi presencia.

Supe que mi siguiente frase sería la última, pues no tenía nada más por decir, ningún pretexto. Nada con lo cual retenerla, si era una nimiedad. No por cierto, un pretexto estúpido. Debía ser una verdad. Seguí la intuición que me ha servido después: filtrarme en el medio de un silencio.

—¿Ni siquiera conversar? —susurré mi última tentativa, irremediabilmente sincera.

Hubo un cambio. Por su mirada, ella me recordó a mí mismo, la noche cuando por unos momentos la desconocí. Creí que su silencio no terminaría nunca.

—¿Te espero mañana? —preguntó suavemente, sin descruzar los brazos.

*Me habló de tú.* Maravillado por ese trato, por su susurro, por la promesa, me apresuré a decir “Sí”, como si se lo oyera decir a otro. Y ella continuó tuteándome, viéndome a los ojos. Su intimidad me desbocó el corazón, me produjo una excitación física, absoluta, en corriente por todas mis venas.

—Encontré el libro —comentó—. ¿Lo quieres? Puedo prestártelo.

—Sí, tía, lo quiero —era una forma de decirle te quiero a ti; que tener un objeto de ella, era una forma de tenerla—. Sí, lo quiero.

—Está bien —afirmó—. Mañana, entonces.

Sin descruzar los brazos, adelantó el rostro y me dio un rápido beso, que coincidió con un golpe de viento. Ese contacto fue, para mí, igual a una muerte dulce, acompañada de su aroma, por la dación momentánea de su cálido aliento cerca de mi rostro.

Sobre todo, me rindió que tía Magdalena me besara casi en la boca. Sentí sus labios delgados, húmedos, en el borde de los míos, mientras la luz del astro nocturno brillaba en sus pestañas. Sus labios me oprimieron la orilla de la boca, un poco, pero, tal vez, un poco más allá de lo debido bajo la luz del día, algo más allá de correcto ante terceros. El contacto fugaz de sus labios tersos, cálidos, me produjo un mareo irrefrenable.

No fue un beso de deseo, sino, más bien, el deseo de besar, un deseo de hacer. Un permitirse. Ella me pareció increíblemente posible. Y aun si me hubiera equivocado, lo habría hecho; pues en la noche, la tensión gravitó en otro sentido. De haberse escuchado, pudo ser igual a la caída de un fruto desde un árbol. Sentí en ella una pausa, una espera. El viento abandonó a los sauces. Como si ella aguardara durante un instante que no habría de repetirse jamás, si yo no iba por él.

Fui hacia el centro de su rostro, y la besé en los labios. Cayó una barrera cuando ella hizo la cabeza un poco hacia atrás, como negándose, sin descruzar los brazos, pero aceptando la caricia en sus labios cerrados.

Posé las palmas en sus hombros. Ese contacto avivó mis deseos. En el claroscuro, atrayéndola a mí por los hombros, hubo, en revelación, una serie de amorosos besos, de suaves sonidos, un intercambio húmedo bajo sus ojos cerrados. Su boca era fogosa, de terciopelo, infinitamente más emocionante y placentera de lo imaginado. Me parecía estar soñando. No era sólo el placer físico de su boca, sino también el significado de intimidad. Su saliva perfumada me humedecía la boca, el contacto sedoso de su boca me hería el alma, y el movimiento de negativa en su rostro era un medio de tocar los rincones de nuestros labios, explorarlos, sentirlos. Los besos eran tan delicados que su efecto fue explosivo. Mas no pude decir nada, pues ella se apartó, cerró la cancela y la vi desaparecer, andando con los brazos descruzados, en la sombra del patio.

# 10

Al día siguiente, una llamada de tía Magdalena a casa notificó su salida de casa por dos semanas. No era cierto, lo supe con desesperación. Era una forma de alejarme.

Me dolió, pero, al mismo tiempo, despertó en mí un sentido de posesividad. No. No podía terminar así.

Me obligué a ir a la Escuela de Medicina e hice el recorrido por la tarde. Al andar por la carretera casi a las ocho de la noche, intentaba serenarme, sin conseguirlo del todo.

La cancela estaba abierta porque la servidumbre, radicada en San Ángel, se retiraba al terminar el trabajo del día. Crucé el enrejado y fui directamente a la puerta principal. Al entrar a la recepción, ella hablaba con una de las dependientas. Me descubrió cuando me detuve a unos pasos. La sirvienta se alejó.

—¿Sí? —me preguntó tía Magdalena, con frialdad, obligada a guardar calma ante la cercanía de su ayudanta.

—No quiero dejar de verte.

Ella me miró, con expresión hostil. Pareció reflexionar y dijo, con tono de incrédulo rechazo, antes de volver a caminar.

—No entiendo cómo puedes decirme eso.

Se alejó, sin apresurarse. Era el peso de los tabúes biológicos, morales, religiosos, el sentido de culpa. Para mí, la situación era mucho más sencilla y por lo mismo, peligrosamente cercana a lo destructivo, por la facilidad con que su impulso tendía a romper esos tabúes. Era simple, por insensato, de tan aberrante. No imaginaba otro destino que tenerla. Se me hizo intolerable no volver a

verla, hablar con ella esos segundos y volverlo a hacer en quién sabe cuántos días más; nunca, seguramente, pero eso era más intolerable por haberla abrazado y besado. Esa desesperación sólo podía terminar de una manera. Fui tras ella, y antes de abordarla nuevamente, la misma empleada la detuvo al lado de la mesa donde la familia departiera, meses atrás. Con la mirada, recorrí el perfil de Magdalena, su peinado, la forma de sus brazos, sus pantorrillas. Lo sabía: si no la tenía, no podría seguir viviendo. Perderla así, me mataría. Yo era consciente de actuar como un loco, carente de fuerza para sanar. La deseaba. Era mi tía. Más el efecto de estas consideraciones no era disuasorio, pues la promesa del pecado me subyugaba. Sobre todo por haberla probado, en sus besos, la noche anterior. Si iba a cometer una locura, debía asegurarme de cometerla con lucidez.

Jamás podría argumentar que ella había participado de esas caricias a un lado del enrejado, por ser indigno, mas deseé desencadenar lo peor, precipitarlo todo, para obtener de ella una reacción. Me le acerqué, cuando la sirvienta se dirigía a la puerta.

—¿No quieres verme? —le susurré—. Pues vendré a diario, me voy a parar en la cancela, no, en la puerta de tu habitación, hasta que me escuches.

Optó por herir. Ante eso, se renuncia o se insiste. Buscando lo primero, logró, contra su voluntad, lo segundo.

—¿Quieres que se lo diga a tu tío? —señaló, cortante, hacia la puerta por donde salía la empleada— ¿Le digo a ella que me estás molestando?

Por esas palabras, la deseé más.

—Díselo a quien quieras, si te parece yo llamo a la sirvienta, pero escúchame...

—Te matará.

—... o él se mata solo, cuando lo sepa.

—¿Pretendes chantajearme?

—*Te amo.*

Abrió mucho los ojos, indignada, escandalizada. Contuvo un deseo de abofetearme. Cuando dio la vuelta, quise tomarla de la mano, pero se zafó con un movimiento brusco y se alejó unos pasos, para girar y encararme de nuevo.

—No me voy a librar de ti, ¿no es cierto? —me retó, con sarcasmo afligido— Deberé cargar con la estupidez de anoche, ¿eh?

Ella fue terriblemente atractiva con esa reacción: sentí que me odiaba, que me hubiera maldecido. Y con eso, yo caería a sus pies, pues probaba que no le era indiferente.

—No, no te vas a librar de mí, nunca, jamás —aseveré, pero no eran amenazas, sino revelaciones de cuánto la deseaba, promesas obsesivas.

Si hubiera podido resolver todo con correr a abrazarla, habría dado rienda suelta a ese deseo que me hacía vibrar el cuerpo.

—¿Crees que soy alguien de quien puedas aprovecharte? —me pregunto— Antes me mataré.

—Aun si fuera tan frío como para aprovecharme de alguien, ¿no serías demasiado problema? No, mis palabras son prueba de verdad.

El furor me llevó a susurrar, con tono de súplica; la oportunidad se me iba, me sentía derrotado, y solamente podía asumir la realidad. Me acerqué todavía más a ella:

—Te amo. ¿No lo ves? ¿No te das cuenta de que te amo? ¿No lo sientes? ¿No lo sentiste, anoche?

Magdalena estaba acalorada de indignación, mas no daba impresión de estar ofendida. Yo captaba una duda, un titubeo en su furor. Como si se hallara a un paso de estar derrotada, y por eso ocultara el rostro. Se alejó de nuevo.

Continué presionándola hasta la salida. Ella abrió violentamente la cancela.

—Lárgate —señaló a la carretera—. Si mi marido estuviera aquí, no te atreverías a esto.

- Yo ignoraba si él estaba aquí. Tampoco me habría importado.  
—No te habría importado destruir mi matrimonio.  
—No me habría importado que él, como dices, me hubiera matado.  
—Lárgate, ya.

De no haber estado tan decidido, el tono de sus palabras me habría destrozado. Mas estaba lleno de la frialdad aparente en los metales al rojo.

—No me voy a ir... —anuncié.

—¿... hasta...?

— ... hasta que digas que tú también sientes algo por mí.

Exasperada, tía Magdalena me tomó por las solapas, empujándome hacia el muro de piedra, a donde me dejó llevar. Aproximándoseme, susurró unas palabras furiosas. La cercanía de su cara a la mía, ese brillo indignado de sus ojos y la intensidad de sus palabras, la caricia de su aliento fresco, cálido, llegó a mí al adelantar los labios en una especie de mohín. Llegué a pensar que me dejaría matar, si podía besarla una sola vez más. Las ramas de los fresnos susurraron. Al zarandearme por el saco, no tuve duda de su agitación interior. Sus ojos, muy abiertos, de mirada dura, parecían más claros debido al furor.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué buscas?

Su indignación o su dolor, su perturbación, espolearon la mía, y le declaré:

—Todo —le susurré, viendo sus ojos iracundos y escandalizados, atravesado por el dolor del frenesí—. Quiero todo, toda tú, todo de ti, te amo, te adoro, tía, Magdalena, si no te tengo, voy a morir. No puedo vivir así. *Te amo.*

—Es que eres mi sobrino, es que no te das cuenta de que soy tu tía, cómo puedes hablarme de eso, es que soy tu tía, *tu tía*, es que no te das...

Adelanté la cara y la besé en la boca, llevado por un arrebato al

escuchar sus palabras. Tomé sus manos, aferradas a mi saco, y luego la rodeé con los brazos, estrechándola. Lo único angustiado fue mi abrazo; en el beso, puse toda el alma.

Ella cerró los ojos, crispada, y tuvo una exclamación de protesta, semejante a la del dolor. Sentí su boca de labios delgados, respiré su exhalación. Tuve su saliva en mi lengua. Ella ignoraba cuántas veces yo había imaginado ese momento, ese encuentro. Los besos de la noche anterior, los que me mataban, habían sido en los labios, pero éste era un beso en la boca, total, abierto. La abracé con fuerza. Ella me aferró más fuerte las solapas, y en un segundo llamado a seguirme toda la vida, a acosarme para siempre, respondió a la caricia. Sus cejas se curvaron en un rayo de sufrimiento. La tenue luz del candil le dibujaba las pestañas, sus crispados párpados. Era una mujer terriblemente hermosa. Nos besamos con ansiedad. Perdido en su boca, mi sino fue sellado. Me juré morir por ella, matar por ella si me lo pedía.

Me tomó por las sienes, separándose y mirándome, muy cerca. Por primera vez en ese rato, volví a escuchar el rumor de los árboles, mecidos por el viento.



—¿Sabes lo que estamos haciendo? —me preguntó, trastornada, melancólica— ¿Sabes que esto no debe ser?

—Cómo no voy a saberlo —le susurré al oído, traspasado de angustia, de sufrimiento por esa pasión asesina—. Llevo años sabiéndolo... Sé que no debería ser, pero también sé que te deseo, no puedo evitarlo, estoy preso de ti, me fascinas. Hm... ¿sabes que me haces perder la cabeza? ¿Sabes cuántas veces he fantaseado contigo?

Su cuerpo, flexible en mis brazos, despertaba en mí el deseo de estrujarla, de apretarla. Ella cerraba los ojos, con dolor preocupado, mientras nos besábamos de nuevo. Sí, no era amor. Era deseo. Nos atraíamos, por razones diferentes, con la misma finalidad. Esa embriaguez hacía saltar por los aires todo lo demás: la moral, la ética, las buenas costumbres, la posición, la virtud. Estuvimos un rato dándonos esos besos apretados, rápidos, frenéticos, pausando nuestras palabras.

—Es una locura —susurraba ella, apartando la cabeza, e intentando cubrirme la boca con una de sus manos—. Nos vamos a condenar, óyeme... Esto va terminar mal... escucha...

Sus negativas me encadenaban a ella.

—¿Por qué? —preguntó— ¿Cuándo, cómo?

—Cuando inauguraste tu casa —dije, besándola en el cuello, casi sofocado—. ¿Nunca te diste cuenta, en estos meses pasados? Antes... antes era diferente... pero, ya no soy ése... todo cambia... ¿Es posible que no lo hayas visto?

No respondió. Me estrechó con un abrazo tan negado al rechazo, que perdí la idea de dónde estaba. Su acompasar sus movimientos a la caricia, y su boca envolvente, me hicieron comprender que ella, en una o dos oportunidades más, me volvería loco. Nunca podría besarla teniendo control de mí mismo. Su boca, dulce, ardorosa, era adictiva.

Ella jamás contestó a la pregunta de si lo había sabido desde el principio. Pero al llevarla hacia la casa, sin cesar de acariciarnos, tuve una certeza: Sí, ella lo había notado, y sus reacciones de esos meses se debieron a un conflicto emocional. Mas no estaba enamorada. Un par de familiares no se enamoran. Es atracción por lo general mantenida en cauces razonables, surgida debido a la proximidad y que un día se convierte en recuerdo inconfesado. Tal vez ella me aceptaba por su soledad, por vivir en esa jaula de mármol blanco, por un equívoco derivado de la convivencia y de la confusión. Lo único claro era el deseo por lo prohibido. Yo no lo ignoraba. Seguramente, sólo coincidíamos en el hecho de que algunas almas, sangrantes por sus estigmas, van más allá de lo permitido. Por otra parte, no lo dudé, y no fue soberbia, no fue vanidad: ella terminaría por amarme, como yo a ella. Pues el ímpetu de ese desvarío apasionado así lo reclamaba.

La sentencia de mi vida estaba escrita con las letras de su nombre; lo sabía, al besar a Magdalena, en su boca deliciosa, mordiéndola, oprimiendo su cuerpo, escuchando nuestros jadeos entrecortados; y tal vez su sentencia también llevaba mis letras.

Hice otro descubrimiento. Su belleza había significado, para mí, un tormento. Pero ahora estaba de frente a la realidad plena y tocaba un cuerpo estupendo por sobre el vestido... El cuerpo de Magdalena era firme, sinuoso; su cintura, sus piernas, sus senos, cuya redondez cubrí con las manos. Hasta antes de tocarla, me había sentido más atraído por su rostro, su voz, su figura, su conversación; más atraído por el deseo de abrir su corazón para beber lo que, increíblemente para mí, no todo el mundo buscaba. Para tener lo que ningún necio había sabido encontrar. Al tocarla por primera vez sin limitaciones, al percibir la resistencia de su cuello y su arco finalizando en el encuentro con su boca, perdí por completo la cabeza. Era increíble. Era... increíble *tocarla*.

La empujé hacia atrás, abriendo la puerta principal. Al entrar a la casa, ella, sin apartarse de nuestros besos y a tientas, pero con seguridad, buscó el *switch* en el muro y apagó la luz, provocando un chasquido de promesa sensual.

# 11

Ella se volvió *Magda*, para mí. *Magda*, recostada boca abajo en el lecho, apoyando una mejilla en las manos, desplegaba su espalda desnuda sobre las sábanas blancas. Yo besaba su piel tersa, de arriba abajo, sobre la columna, mordéndola suavemente, con impaciencia contenida. Parte de mi propia vida se iba con ella al acariciarla, perdido en su aroma, saboreando su piel entre mis dientes. No miento: ese lecho era un sagrario pagano; *Magda*, su espalda, sus brazos y su boca, era el misterio, el cual tenía en mí a su devoto. Me sentía liberado y, a la vez, de nuevo avasallado por la humedad de su boca, por el color de sus palabras y por la locura de su sexo.

Muchas veces pasamos las mañanas en la ciudad. Al regresar, en un atardecer que incendiaba los abedules, ella se acomodó en un sillón y recogió las piernas, apoyando los pies en la mesa de centro. Su falda cayó, sedosa, hasta sus caderas. Yo contemplé sus largas piernas blancas, cuyo tono rosado se oscurecía bajo las medias negras. El broche de las ligas daba una tonalidad más blanca a la piel al descubierto. Su mascota, el sedoso gato negro, saltó sobre su regazo. Ella se lo colocó sobre el abdomen, acariciándolo. El gato remordió los broches de las medias y lamió las franjas de los muslos de ella al descubierto. La admiré, fascinado, subyugado por un hechizo de deseo.

A veces, no me acercaba. Cuando la tía Carolina cumplió cinco años de matrimonio, la familia alquiló, completo, el Restaurante La Bombilla, ubicado a unos cientos de metros del centro de San Ángel. Debí presentarme ante personas hasta entonces desconocidas quienes, entre bromas, solicitaban consultas gratuitas para cuando me recibiera de médico. Yo llevaba el libro prestado por Magdalena, el *Drácula*, de Stoker, y en los postres, recorrí el lugar, entre las mesas del banquete.

Reconocí a Magdalena, por su cabello. Estaba sentada junto a mi tío político y con un grupo de sus amistades. Pasamos cerca, pero no le hablé. Era necesario fingir; indispensable que ninguno de los demás notara el trato existente entre tía Magdalena y yo.

No experimenté remordimientos, ni ahí, ni en momento alguno. No aclaro una situación nítida a estas alturas. Señalo que, con una mujer tan hermosa, compartir una trasgresión de esa índole me parecía una fortuna exquisita; me ataba con un sentimiento consanguíneo de la maldad, nacido de la ruptura de lo prohibido. Atado con el magnetismo de la complicidad, embriagado por el esplendor del pecado, dejaba brillar sentimientos de colores claros: al ver su espalda y los rizos de sus cabellos castaños, casi no pude creer que yo los hubiera acariciado; ese placer alcanzó dimensiones superiores a las del bullicioso lugar donde nos hallábamos. Me sentí como el personaje del libro que me prestara, como si fuera un vampiro entre las sombras, dueño de un secreto mortal, transformado durante la noche eterna. Ese



secreto dotaba de un fuego especial a las noches encadenadas de caricias, de las cuales esa hora constituía un rotundo eslabón. Pasé a un lado de la mesa de Magdalena, viendo de soslayo el paulatino dibujo de su perfil. Yo había besado esas manos claras; había besado su curva espalda; nadie conocía esa intimidad; el mundo habría sido aniquilado de conocer el secreto. Las mesas habrían sido volcadas por la carrera de los horrorizados convidados, entre la vajilla rota y los cubiertos desperdigados.

¿Ella debió evitarlo? Imposible. Lo digo yo. Pues aunque al principio, la duda y la ansiedad me consumieran, también me impulsó un grado de certeza. Mis sentimientos puros hacia Magdalena poseían un matiz indudable de voluptuosidad: mi hermosa tía no habría podido resistirse, del mismo modo en que para mí fue imposible evitar caer en sus brazos. Si alguien atrae a otra persona al punto de hacerle perder la cabeza, poco importa si ésta es mayor o menor; los excomulgados destruirán las otras barreras. En el colmado restaurante, vi la cabeza de Magdalena girar imperceptiblemente y volteé a ella, encontrando lo deseado: me vio con su expresión característica, de concentrada seriedad. Ella me pertenecía. ¿Quién podría atreverse a suponer lo contrario? No, por supuesto, mi tío político. Lo sabía, con la soberbia del vampiro.

Ese sentimiento inaprensible podía alcanzar grados de arrebató. Como cuando la tomaba por las muñecas, moviéndome hacia atrás y adelante entre sus muslos, y de pronto ella me hablaba al oído, con susurros breves, rápidos, lanzándome frases de recriminación. Descubrí que sus palabras me enloquecían, cuando tenían ese matiz mortificante.

# 12

Dos meses transcurrieron rápido. Yo salía de la Escuela de Medicina, satisfecho, bajando por las anchas escaleras del otrora Palacio de la Inquisición, hacia las calles del centro de la capital, cuando me detuve y pensé: para mí, era algo absoluto. No podía estar sin verla. ¿Cómo actuaría ella, si me le negara?

Me propuse un juego. Durante unos días, deliberadamente, resistí mis locos deseos de correr a su casa y tampoco le telefoneé. ¿Cómo reaccionaría ella ante ese trato?

Al principio, nada sucedió. Ni al primero, ni al segundo día, cuando por los diarios se conoció la emboscada mortal tendida al General Francisco Villa. El viernes de esa semana ocurrió algo increíble para la forma de ser de Magdalena: llamó a casa de mis padres y pidió hablar *conmigo*.

—¿Sí? —pregunté, al tomar la bocina.

—¿Rodrigo? —era su voz interesante— ¿Es usted?

—Sí, tía, ¿cómo está?

El que ella me buscara, me fue tan excitante que me cortó la respiración. Había supuesto que no lo haría. Como conocía perfectamente su casa, la supe en un sillón, junto a la mesilla del aparato telefónico.

—Bien, gracias. Su tío está aquí, conmigo —anunció, con voz casual—. Él debe salir este fin de semana. Necesito mover cosas y como usted hace el favor de ayudarnos, su tío quiere saber si puede venir el sábado.

Sentía los latidos del corazón, en la garganta. Recordé a mi tía sobre el lecho, desnuda bajo mi cuerpo, sus clavículas y su sonrisa voluptuosa de la última vez, cuando casi todo el tiempo se dedicó a observarme.

—Tía... Me da algo de pena, discúlpeme. Estoy en exámenes. Me parece que no podré.

—No puede... —comentó, alejada de la bocina— Vienen exámenes... No se preocupe —aseguró, de vuelta—, le pediré a su primo Daniel que venga a ayudarme.

—Bien, tía, de nuevo, qué pena esta vez —respondí, con aplomo.

—Cúidese mucho. Salúdeme a sus padres.

Colgué. Pasaron unos segundos en lo que sus palabras me ejercían efecto. Ella, Magdalena, *sola* con mi primo Daniel, en su casa. ¿Qué harían? En un desvarío, la vi arreglándose, deliberadamente, para verlo.

Esa noche di vueltas en la cama, sin dormir, por pensar que, al día siguiente, Magdalena pasaría el día con alguien más. Y me pareció más bella, pues creí perderla. En un momento de sagacidad, pensé que eso era lo que ella buscaba, jugar a su vez, hacerme saber que compartiría su tiempo con otra persona, para que pensara en eso; mas el momento pasó y volví a girar en el lecho, furioso.

A la mañana siguiente fui al centro de la ciudad, para no pensar. Sobre todo, para impedirme ir hasta su casa. No se trataba de quedar en ridículo. Me coloqué los lentes oscuros y pasé al lado de la cerca de la Alameda. La Policía Montada hacía sus rondas dentro del área. Más allá, la mole del Palacio de Bellas Artes cumplía más de diez años como obra negra.

En el Zócalo, compré El Demócrata. Leyéndolo durante varias calles, me enteré de un eclipse solar para el mes siguiente, y en eso creí que el destino me asediaba, para atormentarme: incrédulo, me di casi de frente con Magdalena, que salía de la mayor tienda de lujo, El Palacio de Hierro. La gente que pasaba en uno y otro sentido de la acera me disimuló a su vista. Su voz agradable, suavemente me produjo un hueco en el estómago, pues sonreía y hablaba con alguien que la

seguía. Apareció —lo reconocí, agriamente— mi primo Daniel, quien todo amabilidad, cargaba las bolsas de las compras.

Los celos me remordieron de una forma espantosa. Me detuve en seco, con mirada de ira atenta, rencorosa. Un velo rojo me cubrió los ojos. Por un peligroso segundo estuve a punto de aventar a la gente a los lados, corriendo, plagado de ideas asesinas, para gritar a mi primo que se alejara de ella, para derribarlo y pisotearle la cabeza hasta matarlo.

En cambio, di vuelta, furioso. Los escaparates anunciaban la última moda femenina de otoño-invierno 1923, los vestidos femeninos al considerable precio de \$9.90.

—¡Rodrigo, oye!

Era Daniel, reconociéndome. Tachándole mentalmente de mil agravios, lo ignoré, apresurándome. Su voz plácida y contenta me pareció el colmo de la simpleza.

## EL ECLIPSE TOTAL DE SOL DEL PROXIMO DIEZ DE SEPTIEMBRE ES TRASCENDENTAL

Es la Oportunidad que se Presenta  
Para la Comprobación de las Teo-  
rias de la Relatividad de Ein-  
stein, que Para Dejar el Campo  
Libre a sus Adversarios Cientifi-  
cos no Quiso Venir a México.

Los eclipses, que siempre han te-  
nido una anotación en las efemé-  
rides de las naciones del globo, desde  
los más remotos tiempos, siempre  
han sido una fuente magnífica de  
estudios, ya que acerca de ese fenóme-  
no astronómico, se han hecho tras-  
cendentales investigaciones.

Desde que los más antiguos astró-  
nomos comenzaron el estudio de los  
eclipses, siempre cada suceso de  
este tipo proporciona a la ciencia nuevos  
contingentes científicos. Ya que gra-  
cias a los eclipses, se pudo compro-  
bar la redondez de la tierra, y se lle-  
gó a demostrar palmariamente la teo-  
ría de Galileo.

Ahora, en que en el mundo entero  
hace revolución la teoría de Einstein,  
casi desconocida porque su difusión  
ha sido muy escasa, entre los no es-  
pecialistas en cuestiones filosóficas y  
técnicas, se ha presentado, para los  
hombres de ciencia, una oportunidad

# 13

Una semana más tarde, el teléfono de casa, resonó. Mi madre contestó y colgó al cabo de un momento.

—Era tu tía Magdalena —me dijo—, como no tiene quién la acompañe a misa me pidió que fuera con ella. Lo malo es que estoy muy cansada, hijo. Le dije que irías tú.

—¿A cuál misa? —pregunté, sin ánimo para negarme— ¿A la de seis o a la de ocho?

—A la de seis.

A las cinco y media de la mañana siguiente, de corbata, abrigo y paraguas, jurándome no tratar el tema, llegué a casa de Magdalena, con abatidas seguridades. Oírle decir que no quería verme más, sería lo peor. Por mi parte, planeaba mi respuesta egoísta, o me parecía soltarla desde esos momentos: *Me parece perfecto que, con tanta facilidad, me hayas tomado la palabra. Debí ayudarte antes.*

La esperé afuera de la cancela unos minutos, hasta que Magdalena salió, jovial, saludándome con un gesto, colocándose el otro de sus guantes negros, sosteniendo un pequeño bolso bajo el brazo. Cubierta con un sombrero nuevo, de ala caída, y estrenando un vestido de corte recto, de cuello en V y broche a la cadera, estaba guapísima. Llevaba unos zapatos de tacón alto, que tampoco le conocía, de cinturón en los tobillos.

Anunció, cordial, que iríamos en su auto. Conduje hasta la iglesia de San Jacinto. De camino, ella preguntó amablemente por mis padres, por los estudios. Me tuteaba, aunque en su voz capté una distancia afable, imparcial.

Una vez en San Ángel, la ayudé a apearse y la cubrí con el paraguas, pues lloviznaba. Me tomó del brazo y continuamos hablando, con rumbo a la iglesia. No capté tensión en sus palabras, ni agresividad; tampoco me pareció que guardara algún reproche para después. De haber actuado ella así, me habría parecido patética. Pero encontré, de nuevo, la encantadora amabilidad de su carácter, al abordar temas como la llovizna, lo difícil que era caminar sobre el empedrado de las calles de San Ángel, pues los tacones se atoraban entre las piedras, si no se tenía precaución.

Al salir de misa, llovía en una temprana mañana gris. La ayudé a subir a su auto. Le anuncié que yo iría a la estación. Con la sonrisa amable que tanto me agradaba, con la puerta abierta, tomando el volante volteó a verme y ofreció, extendiéndome su otra mano enguantada de negro, preciosa con su sombrero:

—Te vas a arruinar los zapatos antes de abordar el tranvía —afirmó, como si fuéramos un par de viejos amigos—. Sube, te llevo a la estación.

Fingí pensarlo. Abordé y ella condujo, lo que habría sido inaudito en la ciudad, pero algo más aceptable en el pueblo, siquiera por la falta de testigos... Le gustaba manejar, así como montar a caballo.

Con tranquilidad dejó atrás la estación, y condujo hasta las afueras, cruzando el sendero de tierra aplanada e internándose en el bosquecillo. Iba a preguntarle qué hacía, cuando frenó, de golpe, en un claro intransitado.

Enseguida, la actitud de Magdalena cambió. Lanzó el sombrero hacia el asiento posterior, liberando su cabello y, girando hacia mí, me rodeó con los brazos, atrayéndome hacia su cuerpo,



mirándome a los ojos con una sonrisa astuta, casi divertida. Yo ignoraba que ella pudiera desarrollar esa fuerza. Al levantarme, golpeé el tablero con las piernas y lo que llevaba encima se fue al suelo, desperdigándose: las llaves de su casa, pequeñas tarjetas, un carné. Apoyó la espalda contra el asiento y colocó una de sus palmas sobre mi espalda; la otra, directo sobre mis glúteos. Por mi peso, quedé por completo adherido a su cuerpo seductor: sus redondos y breves senos, su plano abdomen, la presión de su pelvis. Mis preguntas terminaron en un gemido.

Me rodeó con sus firmes piernas, atrayéndome a la calidez de su sexo, apasionadamente implacable. Me sostuve en el descanso del asiento. Sentí los tacones de Magdalena en la parte baja de la espalda, las ligas de sus medias en mis costados, y me invadió la fragancia de su sedosa ropa interior. Si yo, al principio, prácticamente le había rogado, aseverado, dado todas las seguridades, ahora ella no buscaba convencerme de nada. Su belleza era el argumento irrefutable. Mi extravagante juego de esa semana se volvía en mi contra. Ella no se ofrecía a mí: me castigaba. Y se divertía con ello. El agua corría por el parabrisas.

—Me has estado evitando, ¿eh? —susurró, con tono ronco, irónica, moviéndose, causando una fricción irresistible— Me obligas a esperar como una tonta durante días, a llamarte por teléfono, pongo pretextos a tu tío político para que no me envíe sirvientas y hasta me orillas a ir a misa.

—M-Magda...

—¿Magda... qué, Magda... qué? —me remedó, incitante— ¿No quieres verme más? ¿No me extrañas? —movía suavemente la pelvis contra mí, y al percatarse de lo que sucedía, murmuró—. Sí, sí me extrañas, sí me echas de menos, puedo sentirlo, te siento ahí.

Se me escapó un resuello. Ella no dudaba. Sus palabras y su contacto me traían en alud los meses pasados; tenerla tan radicalmente cerca me desfallecía, y su efecto le daba la razón. Había sido tan difícil resistir, por una prueba cruel. Sobre todo, porque ahora *ella* me recordaba al personaje del libro: Magdalena era un vampiro, pero hermoso y seductor, bebiéndome, envolviéndome con un placer avasallador.

—¿Por qué has estado haciendo esto? —preguntó, retadora, moviendo las caderas en breve, con precisión—. Si no me desearas, no te sentiría como te siento.

—No había... podido... —me evadí.

Para desquitarse de esa respuesta, me oprimió más contra ella, estrechando los muslos, y me hincó las uñas en la espalda, a través de sus guantes. La presión, la calidez de su sexo contra mi casi dolorosa erección, me estaban volviendo loco.

—¿Sabes qué hicimos en casa, tu primo Daniel y yo? —preguntó, vengativa.

Me llenó una furia mezclada con excitación, e hice intento de soltarme.

—No me lo digas, no me lo digas... te juro... lo estrangulo...

—Tomamos té con galletas —dijo, sin soltarme, ni hacer más presión.

Reí, pero fue más por liberarme de la tensión.

—Té con gall... oh... qué tontería es ésa... Magda, espera... Magda...

Me tomó por la corbata, atrayéndome hacia su cara. Su perfume me invadió por los poros.

—¿Sabes que estás loco? —preguntó, castigadora— Si no te hubiera visto cometiendo locuras antes, pensaría que tratabas de jugar conmigo. ¿Estabas celoso, verdad, demente? Así sé que me amas. ¿Imaginaste algo, cuando te pusiste furioso, afuera de la tienda?

La tomé por las caderas.

—No —respondí, vehemente, haciendo un inútil esfuerzo por separarme; estaba seguro de que si ella seguía moviéndose así, en la posición en que me tenía...

Me tomó por los lados de la cabeza, apretándome los cabellos, zarandeándolos. Le gustaba tomarme de las sienes. Lo hacía cuando nos amábamos, ella apoyada en la pared, yo cargándola, mientras la señora del aseo trabajaba en el estudio. Cuando la intensidad del placer me enamoraba más de Magda.

Esa mañana de lluvia, el recuerdo, la presencia del placer, me derrotaban sin combate.

—Me extrañabas, ¿eh, cariño? —preguntó, lisonjera, besándome en el cuello— ¿Cuántas veces estuviste a punto de ir a mi casa para pedirme perdón?

—... todas... hm... a diario, Magda... Espera en... verdad... si sigues... —los ojos se me cerraron, acalorado— Sí, sí, lo admito, necesitaba saber si me extrañarías... *oh, oh...*

Me aferré del respaldo del asiento. Los cristales mojados disimulaban lo que ocurría tras las ventanillas. Ella se sonrió, provocativa y retadora, haciéndose atrás y adelante, para torturarme mejor. La vestidura de cuero del asiento, crujía. Yo estaba al borde del orgasmo, enloquecido por la humedad que percibía en sus bragas. Lo único que respiraba era su perfume. Pensé que debió comprar su ropa aquella mañana. Seguro que también la lencería, enviando a su sobrinito Daniel a ver los suéteres para adolescente. Lo más atractivo, en el auto, era su gesto, sus facciones brillantes de cautivadora certidumbre, al tenerme así. Torturante juego vampiro, donde ganar y perder forman parte de la dinámica de la seducción: me dejaba ver cuán consciente era, sobre cuánto me gustaba. Y cuán fácil podía serle atraparme cuando lo deseara. Cómo ella había soportado ese juego, pues sabía que yo no podría dejarla; porque yo le atraía.

—¿Pensaste que no me daba cuenta? —insistió, sonriente— Eres malo para mentir, lo noté cuando hablamos por teléfono y te negaste a verme. Eso me complació, pero necesitaba más. Exámenes... temblabas en la iglesia, porque estábamos cerca. Eso siempre te ha sucedido cuando estás cerca de mí.

Era demasiado para soportar, por ser la verdad.

—¿Me pides perdón ahora?

—Sí... te pido perdón... —jadeé; ella me presionó la base de la erección— *Oh... Perdóna... me... tú ganas esta vez... oh...*

—No sé... Tal vez te permita que me abrace...

La abracé, recuperando el aroma fresco de su cabello, igual a un bello sueño recordado, que se repite. La besé en las mejillas, con pasión contenida; en los labios, con deleite, ansioso por su boca, que ella por fin me dio, en largos besos lánguidos, jugando con mi excitación, para que la deseara más.

—No sé si te voy a perdonar —afirmó, cerrando los ojos, hablando en mi boca; su saliva me perdía—. No haría lo que hago contigo, si no te quisiera. Eres tan estúpido que debería dejarte así, para castigarte.

—No, ya fue suficiente...

—¿Suficiente? —preguntó, cáustica,

mordiéndome el labio inferior, entrecerrando sus ojos de largas pestañas— ¿Ya tienes suficiente? Anda, mi sobrino preferido, quitate esto...

Bastaron unos movimientos, desabrocharme el pantalón, los calzoncillos, bajar sus bragas a lo largo de sus piernas para que, pronto, rígido, entrara en la deliciosa humedad de su vagina. Su quejido sonriente me enloqueció. Rodeado por su estrecha calidez, no pude contener un grito. Pronto, nos movíamos a un mismo ritmo. Los suspiros de Magdalena, sus voces, apagadas por mi boca sobre la suya, me hacían sentir en los labios, la vibración de sus gemidos abandonados.



—¿Puedes estar sin tu tía favorita? Dímelo, sobrino, ¿puedes estar sin ella? No, no puedes, cariño, sé que me has extrañado terriblemente, te conozco. Sé muy bien que estás loco por mí.

Acelerando el vaivén de sus caderas, me enterró las uñas en los hombros. Su respiración se hizo jadeante, grave, hasta que llegó al clímax, primero, seguido por mí, casi al mismo tiempo, y quedamos, todavía unidos, exhaustos.

Al cabo, nos recargamos en los asientos. Viendo al techo, suspirando de fatiga gozosa, la cara me ardía. Los ojos se me cerraban. Sentí a Magdalena introducir una mano en la bolsa interior de mi saco. El olor le había llamado la atención.

—¿Qué es... esto? —jadeó.

Se me había olvidado. En su palma, sostenía varios pétalos secos.

—¿Recuerdas... la Feria de las Flores? —qué difícil me era hablar; no recuperaba el aliento.

—¿En el Carmen? —me observó, extrañada— Sí.

—Querías pétalos de amapolas —le recordé, suspirando de fatiga—. Se te escapaban cuando caían desde el coro de la iglesia. Tomé unos, pero no me animé a dártelos. Son esos. Su voz cambió.

—¿Te fijabas en esas cosas? —su sorpresa era calma, atractiva, viendo alternativamente, todavía ruborizada, a los pétalos y a mí— No me lo habías dicho.

Recuperé la respiración antes de hablar. Volteé a ella.

—Siempre me he fijado en lo que haces, Magda —le dije, en voz baja—. En la forma de tus manos cuando tomas los papeles. En las coletas con que a veces te sujetas el cabello... No siempre te lo digo. No quiero que llegues a sentirte recargada por la importancia que doy a esos detalles.

—¿Y las llevabas contigo para verme hoy?

—Claro —asentí—. Las he llevado en el saco, estos días. Su olor me recuerda a ti: cuando no te tenía, cuando te tengo.

La besé en los labios. Es difícil describir algunas miradas, y la que ella me dirigió prefiero retenerla. Aquella mujer era el insensato amor de mi vida.

Sabiendo eso, la vi arreglar su vestido, pasado un momento. Magdalena estaba llena de un inconsciente poder de fascinación. Al cabo de un rato, arrancó el auto —ella quiso manejar—, y tomamos de nuevo el camino de tierra. Minutos después, detuvo el vehículo a unos metros de la cancela. La descubrí planeando cómo deshacerse de las sirvientas, absorta, tanto, que dio unos golpecillos al volante con el índice derecho y pensó en voz alta.

—¿Qué hago ahora?

—Despídelas. Llamaré a casa para decir que son muy lentas, y que te ayudaré.

—¿Y luego? —preguntó, viendo por el parabrisas, donde corrían riachuelos de agua.

—Luego vamos a tu habitación. Esta vez, lo haremos sin ropa.

Reflexionó y después me dijo, viéndome con falsa ingenuidad ausente.

—¿Es lo único que quieres de mí?

—Sí —reí, divertido por su traviesa ironía—, pero varias veces.

# 14

*Sospecha* fue la palabra con la que ella describió acontecimientos que veía concretarse, y que marcaron un cambio en nuestra relación. La pronunció quince días después, en el inconcluso Bellas Artes. Dentro de su estructura abandonada —todavía guardaba viejos sacos de cemento abiertos y trozos de madera desperdigada—, la dijo. Una buena muestra de la jaula que es el tiempo, se nota en que el fabuloso teatro, durante una quinta parte de la vida de millones de personas, fue un edificio casi hueco, deshabitado.

*Sospecha*. El eco de la palabra murió entre las varillas y los revestimientos sin trabajar del edificio. Mi tío político le preguntaba por qué yo pasaba tanto tiempo en casa. Indagaba sobre lo que hacíamos. Rebatía, con enojosa autosuficiencia, sutilmente acusadora, las respuestas de Magdalena. *Sospecha*.

No dije nada, preocupado de que su esposo pudiera agredirla por sospechas. La llevé a su casa, y al estacionar el vehículo, pasado el enrejado, una frase dicha al acaso por mí, fue motivo de una discusión. El altercado se acaloró. Gritó que me prohibía verla y respondí que así sería. Salí del auto, crucé el huerto y no me percaté de cuándo alcancé, a pie, San Ángel.

*Ir por la calle de la amargura* se convirtió en expresión popular a raíz de la vía de ese nombre en el pueblo de San Ángel, como sinónimo de vivir una experiencia aciaga; pero yo caminé realmente por esa calle, desesperado de no saber qué hacer. No deseaba perder a Magdalena, pero, ciertamente, ella corría un grave riesgo. Si yo me encontraba en esa situación, me era menos importante que la perspectiva de no ver a Magdalena ya. Mi tío político... un fantasma por el solo hecho de que Magdalena ocupaba mi mente; de que él, solo, se nulificaba. Por primera vez lo ví como un obstáculo; pensé que él estaría mejor, muerto. Una llovizna caía, mas no era tan desolada como el modo en que me senté en el dintel de una puerta.

Estuve así unos minutos, hasta que un auto cruzó, rápido, frente a mí. Por la ventanilla distinguí su perfil: era Magda tensa, preocupada.

En ese auto, iba la misma mujer que antes me hablaba empleando el *usted*; era la misma que, una noche de febrero, me mirara con gesto pensativo; la deseada tantas tardes de horizontes grises, en una casa poblada de ventanas; la misma de los cabellos castaños y de los ojos claros, la mujer de los delgados dedos. La misma, y ahora ella venía en pos mío, conduciendo velozmente en la brizna. En verdad, las cosas habían cambiado. No llevaba sombrero, ni guantes, prueba de que había salido de su casa precipitadamente. Debió haber pasado por la estación del tranvía y recorría las calles, buscándome. ¿Cómo iba yo a dejar que ella pasara por una ansiedad de ese tipo? Yo había andado la Calle de la Amargura; por conocerla, deseé que Magdalena no la transitara.

Me levanté de inmediato, tomé una piedra suelta y la lancé contra el auto, pues de gritar, no me habría oído.

El vehículo frenó de improviso, chirriando. Seguramente fue el primer vehículo de motor que derrapó en esas calles. Salí a la mitad del arroyo y alcancé a distinguir sus ojos alertas en el espejo retrovisor. Me adelanté unos pasos, mientras Magdalena bajaba del auto y quedaba de pie al lado de la portezuela.



Su imagen se tallaba en la ventisca, doliente, espléndida, digna de morir por ella; su alma igual a un libro leído por el viento de la Amargura. En lo que me concernía, si el destino me había reservado esa pasión prohibida, si se me había destinado a amar a través de las callejuelas grises bajo la llovizna, sufrir un amor secreto y absoluto, yo lo asumiría abiertamente, y si ese destino me exigía perderla en un cambio drástico por la presión de los sucesos, no por eso estaba obligado a olvidarla.

Corrí hacia ella y nos abrazamos. Me dijo lo mismo que yo sentía hacia ella: no deseaba perderme, la idea le horrorizaba. Y pensar que era la misma mujer con la que soñara tantas veces y de la que ahora aspiraba el perfume de sus cabellos, de su ropa, me rindió; más, al oír su voz que, con ese tono de susurro, como siempre me hacía imposible negarle algo; a ella, yo, menos que a nadie, deseaba perder. Magdalena me aseguraba todo: tiempo, oportunidad, paciencia. Me pedía lo mismo. Pedía que la entendiera. Yo asentía a todo, incluso antes de que ella lo dijera. Y creo que estuvo bien, porque fue la última vez cuando le expresé mis sentimientos, en un mundo donde estábamos los dos.



Y ahora, con todo decidido para vernos con menor frecuencia, encontramos que no podíamos. El deseo es un lazo cruel. Le telefoneaba cuando la sabía sola en casa, o ella marcaba esperando que le contestara. El deseo es más difícil de romper cuando se comparte en clandestinidad. El recuerdo es también una promesa que nos llama.

La mañana del 10 de septiembre de 1923, telefoneó. Mi familia había ido a la misa de seis, a Catedral.

—Estoy sola, ven —susurró, con premura, por la línea telefónica.

—¿Puedo verte? —trataba de distraerme con el diario, que anunciaba el eclipse de Sol para pasado el mediodía.

—Sí, tenemos hasta mañana —la promesa exigente de su voz me envolvió—. Ven, no pierdas tiempo.

Quise devorar los kilómetros. Magda me había llamado, deseosa, afrontando un grave riesgo. No significaba que yo no tuviera iguales deseos, o mayores, de estar con Magdalena. Era que la única persona quien podía decidir sobre cuándo vernos, de entrada, *si* vernos, era ella.

Al oírme entrar a su casa, Magdalena se levantó del sillón, con gesto preocupado, y me extendió los brazos, yendo hacia mí. Llevaba un largo vestido blanco. Al abrazarnos, percibí en ella el sentir que me embargaba: un inmenso alivio, un descanso de los largos días de ausencia, una reconciliación frente a la distancia obligada.

—Magda, Magda, Magda... —le murmuré, al oído.

Una voz terrible tronó en la puerta.

—*¡Así los quería encontrar, malditos!*

No lo oímos llegar. Volteamos a la puerta y ahí estaba él, mi tío político, furioso, desesperado, descompuesto.



# 16

El tic-tac del reloj de pared se hizo más audible en el consternado silencio.

—¡Jorge! —gritó Magdalena— ¿Qué haces aquí?

La maquinaria del reloj pulsaba con su chasquido de hierro, cliqueaba como una rueda de destino.

La situación daba un giro desastroso en un momento de descuido, y desde ahí se complicó, sin parar.

—Creíste que me iba de veras, ¿no, desgraciada? —gritó mi tío político, temblando de ira, con las facciones desencajadas— ¡Estabas feliz cuando hice las maletas! ¡No veías la hora de que me fuera, zorra de porquería!

—¡No le hables así! —grité a mi vez, interponiéndome.

Legítimamente, yo no tenía derecho. En verdad, todo lo sucedido le era un agravio. Mas no era él quien me importaba, sino, atrozmente, Magdalena. Pero pedirle una decisión era injusto para ella. De los tres, ante la opinión y la moral, ella estaba en la peor situación. Sólo podía defenderla.

Me coloqué entre ambos, y luego ella se puso a mi lado.

—Debemos hablar de esto —dijo, imponiéndose a su agitación.

—No voy a dejarte sola con él —afirmé.

—¡No digas nada! —me gritó ella— ¡No digas nada!

—Este hijo de perra se va a largar de aquí —le espetó él, señalándome—. Tú y yo nos vamos a arreglar, sucia prostituta, pero antes, lo mato.

De su saco, tomó con aspavientos un arma, un revólver calibre .38, y me apuntó con él.

—¡Suelta eso! —gritó ella, colocándose delante de mí, frente al cañón.

Ella no lo había buscado. Había sido yo, con mi insistencia, con mi ardor, quien la llevara por un camino de pasiones obscenas. Por el fuego de mi locura, una mujer madura, estable, había sostenido relaciones sexuales con su sobrino, durante casi un año. En todas las formas posibles. En todos los puntos de la casa. En cada una de las habitaciones y en el paso de las puertas. De día, de noche, en la madrugada. Era inmoral, absorbente y obsesivo; era muy tarde para dar marcha atrás.

Me volví a colocar frente a Magdalena.

—Este cerdo es tu sobrino —dijo él, entre dientes, apuntando a uno y a otro, con el arma—. No tengo palabras para calificar el espantoso crimen que han cometido.

—No vas a disparar —exclamó Magdalena.

—No sé a quien matar primero —rugió él—, pero lo haré, lo juro.

—Aquí, no —espeté—. Vamos afuera.

Extrañamente, en vez de temer por mi vida, temí lo que implicaba: perder a Magdalena. Temí, más, lo que él haría con ella.

Cuando él quitaba el seguro del arma, salté. Lo tomé del brazo, golpeándolo en la cara. Forcejeamos, hasta que logró empujarme hacia el sillón y, dando un paso atrás, apuntándome con el revólver, accionó el gatillo.

—¡Rodrigo! —me gritó Magdalena.



# 17

No tuve noción del impacto, excepto porque, como si viera todo a través de una cámara, el ángulo de mi visión cambió, hacia arriba, al techo; un crujido me mostró que había golpeado contra la mesilla del teléfono, derribándola.

Caí a plomo, sin sentir el golpe contra el suelo. Todavía con el eco de mi caída en los oídos, escuché más gritos, que dominaban sobre un pitido constante, fastidioso. No podía levantarme.

Alzando un poco la nuca, vi un orificio quemado, sobre mi camisa, rodeado de sangre que brotaba al compás de mis latidos.

El molesto pitido continuaba. Busqué su origen, sin hallarlo. Entendí que venía de la bocina del teléfono.

Traté de incorporarme, con dificultad para respirar. ¿Una bala? Se me dificultaba comprender que la vida se me iba. Estaba caído, con una bala en el tórax, desangrándome en abundancia. Asediado por el zumbido de la bocina telefónica, cargando un peso enorme que me aplastaba contra el suelo, probé mi sangre cuando quise hablar, desesperado por ver a mi tío político tomar a Magda por los cabellos, llevándola a la sala de estar, pese a que ella se resistía y lo golpeaba.

Agotado, me desentendí un poco del asunto. Esa somnolencia era, en realidad, agonía.

# 18

En tanto un frío paralizante me invadía y me era cada vez más difícil mover, pude girar la cabeza a un lado para apartar el aparato, lo que se me hacía indispensable para incorporarme.

La vista se me nublaba. Las luces se evaporaban, excepto en algunas sinuosas franjas opacas, enfocadas hacia un centro neblinoso. Entonces, ocurrió algo sorprendentemente trivial.

Desde ese foco evanescente donde se disolvía mi vista, el gato de la casa salió, con lentos pasos. Tuve la impresión de que la mascota sonreía. Sus ojos brillaban en brasas verde pálido.

La mascota de angora, emboscada, se detuvo cerca de mi cara y me observó con esa mirada distante de los felinos; el zumbido agudo e interminable de la bocina llenaba mis oídos por la pronta agonía, y se convirtió en la voz del gato apacible, de ojos verde jade.



—*Bien*—susurró el gato, analizándome—. *Bien*.

El zumbido del teléfono me agobiaba, y a medida que se acercaba la muerte, aumentaba el volumen del arrullo, del ronroneo del gato satisfecho.

—*No te voy a comer la lengua, amigo*—susurró el gato—. *No voy a sacarte los ojos. En verdad, me gustas así.*

El felino negro pareció un carcelero. Me escudriñó, con ojos luminosos y, acto seguido, sin tomar impulso, saltó sobre mí, dibujando un breve arco que lo llevó desde mi costado izquierdo hasta el derecho, regresando, grácil, al suelo de parque.

—*Veamos, veamos, veamos*—el gato negro de pupilas resplandecientes volteó, mientras se alejaba— *Qué tal un poco más de diversión en esta casa de locos. Te la has ganado.*

Ya en Hungría el proceso era conocido, y durante el Medievo, el secreto se reveló. Fue moneda corriente en la Europa del Este. Estaban al tanto los granjeros, las personas cultivadas. Lo informaban las *Disertaciones* de Agustín Calmet, una fantasía para las personas normales, una realidad para los involucrados.

El zumbido del teléfono, seguía, ensordecedor y torturante.

# 19

La puerta de la sala de estar se abrió, azotando contra la pared. Mi amante corrió hacia mí, desesperada. Estaba despeinada. En la sala de estar, su esposo había tratado de forzarla. Gritando, Magdalena se arrodilló a mi lado. Con intensidad experimenté el doloroso y pasional, cruel lazo que nos unía. Me percaté de hasta qué punto éramos el uno del otro, destruyendo las barreras de lo moral y de lo obsceno.

Al apoyarse en mí, su vestido blanco se manchó de rojo escandaloso. Colocó una mano en mi pecho y al retirarla, la vio tan bañada en sangre como su ropa. Mas no se percataba de que no estaba muerto: yo lo veía todo desde fuera, como si me encontrara cerca del techo y desde ahí, dentro de un túnel estrecho, viera la escena: mi cuerpo inmóvil, Magdalena arrodillada a mi lado, su esposo en el umbral. De cierto que ahí me encontraba, en ese espacio limitado, y por eso no podía mover mi cuerpo.

Su esposo la observaba desde la puerta, jadeando de ira y de angustia, sumido en el horror de

confirmar sus sospechas. No cargaba el revólver. Largas líneas sangrantes le cruzaban las mejillas. Al ver a Magdalena, su mirada furiosa se marcó, poco a poco, con una herida más dolorosa que la del odio. Una mirada de derrota. No era el amor traicionado. Era el orgullo herido. En el silencio brutal que seguía a la gritería y al disparo, el tic-tac del reloj de pared volvió a escucharse, implacable. Magdalena tomó la bocina del teléfono y la colgó, apagando el chillido que ésta emitía. Desde mi altura, aquel sonido ya no me molestaba. Ella se apoyó en el aparato y se cubrió la frente, baja. Sin levantarse, volteó a su esposo. En sus ojos, mi tío político encontró un dolor que no se debía a él, y una indiferencia que era toda para él. El dolor de Magdalena tenía la extraña compañía de una absoluta indiferencia, gozaba la compañía de una

absoluta indiferencia, besaba con la muerte de una absoluta indiferencia.

—¿Qué hice mal? —preguntó él, abatido— ¿En qué fallé? Te di todo, nombre, posición.

—Te herí, lo sé, y lo siento —afirmó ella—. Pero el nombre, lo tengo. Me llamo Magdalena. La posición, la cambié por quien acabas de matar. No tenías derecho de cobrarlo así.

—¿Cómo puedes decirme lo que tengo o no tengo que hacer? —vociferó él, y su voz se volvió aguda— ¡Eres tú quien me ha traicionado! ¡A mí, a mí!

Ante el silencio, mi tío político dio la vuelta y fue de nuevo a la sala de estar, cerrando con estrépito. Magdalena no se movió. El reloj marcó uno, dos, diez largos segundos. Quizás él esperaba que ella fuera a la puerta. Mas ella era absoluta indiferencia. Ahora los tranvías corrían en sentidos opuestos. Las rutas marchaban sobre vías contrarias. La razón se volvía absurdo, la falla se convertía en argumento, la muerte daba nacimiento a una vida vacía.

Se escuchó un lamento en la sala de estar, un grito, y éste fue seguido por el seco tronar de una detonación.

Luego, nada. Únicamente la nada.

Magdalena continuó sentada en el suelo de parqué, con la vista fija en el vacío. Con esa expresión lejana, me levantó y colocó en el sillón. Se sentó a mi lado, se recargó en mi tórax, con la mirada perdida, al tiempo que el reloj anunció el mediodía. Su pequeña campana se activó. Magdalena, recostada en mi tórax, callaba, inexpresiva. El gato se acercó a su regazo y ella lo acarició, ausente, mientras el reloj en la pared sonaba, sonaba.



Las agujas del reloj marchaban.

El reloj de péndulo dio la una de la tarde. El silencio en la cerrada sala de estar era elocuente.

El único tañer del reloj se escuchó, metálico, hueco, violento, por toda la casa.

Poco antes de las dos —precisamente a las 13:55 horas—, se mostró la verdad.

Como lo explica Agustín Calmet: el gato negro que salta sobre el cuerpo de un pecador ajusticiado, convierte a éste en Nosferatu.

Antes de desvanecerse el repique de metal en caída al abismo de las horas, llevé, lentamente, la mano a lo largo de un brazo de Magdalena. Recorrí, con la palma, la parte superior de sus senos, hacia el cuello.

En el silencio que siguiera al anuncio de la hora, la claridad del día cambió. Tras el repetido tic-tac, la tarde se hizo un poco gris, como si comenzara un anochecer temprano. Era el anunciado eclipse, que iniciaba, abriendo el espacio del misterio tras el batir de la ventana, acompañado por el aire frío.

Hundí los dedos en el cabello de Magdalena, espeso en algunas madejas, por mi sangre, seca.

No sé bien cuándo ella se percató de ese milagro perverso; cómo asumió, tan deprisa, el portento siniestro. Una oscuridad se insinuaba, y mientras en la habitación cerrada de junto yacía su cónyuge suicida, Magdalena, con la mano que apoyaba en mi abdomen, tomó la que yo le tendía.



La jalé hacia mí, y entre los destellos de la menguante luz, encontré su mirada, nostálgica, expectante, aterrada.

Aquellos largos minutos sangrientos del mediodía, por su aplastante realidad, lo hacían comprensible. Antes, habría sido inexplicable que no aconteciera; que la serie de ignominiosos pecados, gozosamente cometidos, su trágico desenlace, no trajeran como consecuencia un prodigio mayor, todavía más pavoroso: su amante, su sobrino, muerto en una escena de celos por el hombre legítimo, volvía.

Los milagros no se reflexionan, sino que se admiten. Envueltos en la pasada tragedia, estremecida, Magdalena creyó, todavía con mayor fe, en el horror de verme regresar.

Yo sentía despertar de un letargo para buscar a mi deseada amante, llevado por las alas brumosas de una pasión obsesiva. La fortuna, que una noche me sonriera, abría sus alforjas para herirme mortalmente con el trofeo reservado a mis plegarias.

Ella me observó, tomándome de las sienes, con dicha y temor, azorada, acongojada, a punto de hablar, sin hacerlo. Debo suponer que la imagen de mi rostro la impresionó y, a la vez, avivó en ella el cotidiano amor que me tenía. Eso vi, eso sentí.

Magdalena debió verme en esa sombra que se cernía, la del eclipse en proceso: pálido, silencioso, un resurrecto de ojos blancos entre blanco, brillante la pupila... Juntos, una vez más, gracias a un encantamiento abominable en la noche de artificio.

En la campiña, volaron sombras filtradas por la menguante luz de la tarde. El río y los árboles se nublaron, como si, en el cielo, un gigantesco manto extendiera tentáculos grises cargados por lluvia de presagios.

# 21

Eran las 13:57 de la tarde del 10 de septiembre de 1923. La penumbra generada por el eclipse invadía la recepción de la gran casa, extendiéndose en torbellinos desde el campo, cuando Magdalena se levantó del sillón, con el rostro oculto por el velo de la oscuridad creciente.

Su mano se soltó de la mía, porque ella se alejaba, caminando. No supe a dónde se dirigió, hasta que la vi de espaldas, atravesando una senda de tiempo desarticulado... Ella se alejaba, envuelta en el largo vestido blanco, ensangrentado, en manchas y ríos rojos detenidos hacia sus pies. Cruzó la recepción lentamente, al compás del péndulo del reloj, surcada por las sombras de los marcos de las ventanas, entintada por la luz sepia, titilante, de la tarde en transformación. Muy recta, bajó por las gradas que llevaban a la cancela; por los anchos peldaños onduló la cola de su vestido, que tomó formas rectas, deteniéndose un segundo y, al siguiente, yendo en pos de Magdalena. Su espalda y sus cabellos castaños, clareados por la luz amarillenta de la tarde que se desvanecía, se evaporaron en la oscuridad.

Un instante después, no sé cómo, me encontraba bajo las ramas de los fresnos, en el umbral de la puerta secundaria, por donde se salía al río que llevaba el nombre de Magdalena.

Escuché el paso del torrente. Ya la sombra del eclipse sumergía al campo en un manto de tinieblas. El paisaje surgía a una noche precipitada.

Magdalena, se hallaba de espaldas al río. En aquellas dos horas, debió pensar, analizar, y decidir. Aunque posiblemente, era el final de pensamientos llevados desde meses atrás. Sus reflexiones no pertenecían a este mundo.

Yo no pensaba en nada, sólo en ella, pleno de una extraña luz enfermiza que me parecía natural en su trayecto, desde el sueño hasta el despertar, rodeado por aquel panorama de sauces en gigantes contorsionados de sombras, bajo un cielo que pulsaba, frente a un río cuyas sombras se convertían en cataratas horizontales, trenzadas, de cara a Magdalena, ella de frente a mí, pero volteando al aullido del río.

En la oscuridad del cielo, en medio del hueco de nubes negras, brillaban los bordes de un inmenso disco de ónice que emitía un halo blanquecino y espectral, monótono. Era el Sol frío de un mundo helado y nocturno. A la luz mortecina de ese Sol negro, amo de un cielo sin estrellas, en ese paisaje del eclipse en su apogeo, el viento sopló en madejas, agitando los cabellos de Magdalena, que volteaba hacia el río.

Un pensamiento doloroso debió atravesarla, pues sus ojos entristecieron, casi vencida por la congoja. Sentí que ella se iba, atendiendo a algún llamado, de pie en una barca a punto de zarpar en ese

mundo sombrío que nos envolvía, de frutos negros y de flores de sombra.

—Yo también te vi —susurró, en el fantástico panorama del eclipse—. Parecías tan distante, esa tarde, con tus libros en el jardín. Y conforme el tiempo pasó, me preguntaba por qué nos asaltan deseos tan extraños, por qué se anidan deseos insensatos en el corazón. Luché contra eso, hasta que un día yo tampoco pude estar sin ti.



—Magdalena...

—Para una mujer, algo como esto era una locura —siguió, sus ojos reflejando el paso nublado del río, sumergida en las sombras—. Con tantos años de diferencia. Y menos todavía, absolutamente menos, si llevabas parte de mi sangre. A pesar de eso, te seguí. Seguí tu dulce locura, hasta que ella fue mía, también.

Una sonrisa triste animaba sus delgados labios cuando volvió la cabeza hacia mí. Ella era una ninfa oscura, una emisaria de ese Sol negro, impidiéndome por primera vez, ir a ella. La historia de Magdalena también habría sido posible de contar aquí. Podría ser más fatídicamente bello saber cómo fueron sus días en el conflicto hacia un deseo prohibido, el guardar ese secreto, sus tardes solitarias mirando por la ventana y los pensamientos que la llenaron todos esos meses. Sus motivos, sus dolores. Sus placeres. Su violenta generosidad, mayor que la mía.

—Magda, déjame acercar.

—Siempre has sabido convencerme, amor —afirmó, con sonrisa melancólica, a los resplandores del Sol fantasmal—. Sólo te bastaba con mirarme.

—Te amo, Magdalena —el viento corría en ráfagas, entre la luz platinada de esa dimensión nocturna.

—Yo también, príncipe de mi locura, lo sabes —aseguró, dirigiéndome su mirada de tranquila nostalgia, que encontrara en ella, tantas veces—. Mas eso ya no es suficiente, y a donde vas, no puedo seguirte. El mundo se ha transformado, ¿lo ves? Nuestros pecados lo han transformado. Quien ha muerto fue el sacrificio que faltaba para abrir las puertas. La magia, hay que buscarla en algún Ángel de Angustia. Lo que ves, es tu mundo, y yo me voy de él, mi vida. Lo hecho contigo, lo volvería a hacer, te lo juro. No dudes que te amo. Pero ha sonado la hora. Debemos pagar por nuestros hermosos pecados, tú a tu modo, y yo al mío.

De un crepúsculo al otro había transcurrido nuestra historia. De un ocaso a otro, de las alas de un fénix sombrío nacido del fuego de caricias prohibidas, se desprendieron, sobre nosotros, bendiciones de oscura condenación. Y cuando la Luna fue testigo de nuestros lazos blasfemos, esta Luna giró sobre sus alas desde las manos de Magdalena, para ocultar al astro rey en cascada de cánticos paganos y de una hora final, en la que un eclipse llegaba para reclamar como suyo lo ajeno a las auroras. Y abandonarnos en el confín de un Sol de Medianoche.

Magdalena alzó el brazo derecho y se llevó un objeto a la sien. No fue una decisión de ese momento: era el revólver.

—¡Magda! ¡No, Magda!

La detonación se acompañó de un breve chispazo, seco, sordo, seguido por la laxitud de Magdalena. Ella cayó al río.

—¡Magdalena! —la llamé, en un largo y entrecortado alarido.

Pero ya no me oía. Vestida de blanco ensangrentado, flotaba en el río, arrastrada por sus aguas.

Mis gritos estallaron como aullidos, como lamentos de lobo.





Desde ese eclipse, quedé en este mundo de noche perpetua.

Hoy, todos los relacionados con esos acontecimientos han dejado de existir. Excepto yo, el mismo desde hace más de ochenta años, sellado por el estigma de mi condena. Detrás de mí existe una cadena de víctimas, de fantasmas sin nombre.

¿Por qué el destino me reservó esta suerte? Lo ignoro. Posiblemente, día tras día, noche a noche, yo mismo la fragüé, al forjar una cadena de sentimientos puros y de pasiones intensas. De santificaciones y de blasfemias.

En ese lapso, la construcción del Palacio de Bellas Artes, finalizó. El sitio se llenó de luz y de personas. Ya no existen los parajes donde todo ocurrió. El pueblo de San Ángel dejó de existir como tal, para convertirse en una colonia de la capital. El paisaje fue absorbido por la ciudad, que derribó los árboles, pavimentó los campos, desapareció a los pesados tranvías y apresó a los grandes ríos en conductos de metal.

Lo que hoy se levanta, no recuerda en nada a la prosperidad de esos campos bucólicos donde crecía toda clase de frutos, y ya no pueden verse las montañas que parecían al alcance de la mano gracias al límpido aire. Los atestados centros comerciales, los elevados edificios, la máxima casa de estudios, las viviendas y los hospitales, las vías atestadas de veloces automóviles, los trozos del antiguo bosque que perviven, la iglesia, el convento —la estación del tranvía ha desaparecido—, también un día se evaporarán, sin que quede de ellos, piedra sobre piedra.

Y yo los veré caer. Y lo recordaré todo.

Observo a los presentes en el Palacio de Bellas Artes, en la noche infinita que nació con aquel eclipse y que nunca terminará. En el auditorio y en los recintos, las personas caminan sobre líneas invisibles. En las gradas, apoyado en el barandal abierto a las horas, la hermosa Magdalena aparece, *pues mi castigo consiste en recordarla eternamente, sin tenerla.*

Todo se irá, vendrán otros; sin embargo, en ese paréntesis, escucho sus pasos por las calles del antiguo poblado, en donde camino en sombras por la Amargura: las respuestas vibrantes de sus ojos claros fueron suplidas por la luz de noches sin dueño; entre toda esa multitud, una verdad permanece a la espera de otros rostros, como un día ésta brilló, para mí, en miradas de reproche, de deseo, de melancolía, de castigo.

Cada segundo contiene todo el tiempo, aunque no poseamos la clave que nos deje ver el pasado. Me pregunto si Magdalena, mi oscura amante como yo lo fui de ella, existirá en alguna hora del pasado remoto, y si en ese presente, cuando me sonrío desde el otro lado de su cancela, en la campiña en sombras, tiene claro que la amo, sabe que la amo desde el fondo de mi blasfemo corazón.

**TUS CARICIAS DE DULCE TABÚ** es un relato en línea del sitio El Vals de la Muerte,  
para su libre reproducción, sin fines de lucro

© 2005 Víctor Hugo Flores Solís: del texto y de las fotografías  
Imágenes del diario El Demócrata: Hemeroteca Digital Nacional de México  
Boletos y cartel de ruta: Servicio de Transportes Eléctricos del D.F.

### **Agradecimientos:**

A los vecinos del antiguo pueblo de San Ángel, por el espacio para las fotografías

Al conductor de trolebús ruta CU-Taxquena, José Refugio, por señalarme  
cómo encontrar los restos de las vías tranviarias, en Ciudad Universitaria

Las menciones e imágenes de algunas localidades y construcciones,  
NO relacionan a este relato de ficción con la idiosincrasia  
de sus habitantes de principios del siglo XX,  
ni con la de sus moradores contemporáneos

**[morsvals@yahoo.com](mailto:morsvals@yahoo.com)**